



De la alta torre en los desvanes huecos
Despojado del reino y preso estaba,
A cuyo oído los preñados ecos
Del gran tesoro que Abdelmon negaba
Llegaban, y deseó por experiencia
Ver del moro el asejo y la presencia.

Fue cosa fácil darle gusto en eso
Por serles cárcel una misma torre,
Hizo graves preguntas al rey preso
Al mancebo en la fama que del corre,
Y halla que en todas tiene fondo y peso,
Y una estrella feliz que le socorre,
Y casi le arrebató en rauda vuelo
A levantar su nombre y fama al cielo.

De otra parte Abdelmon estando cierto
Ser de Marruecos rey el que allí estaba,
O fuese virtud propia, ó encubierto
Rayo de luz que su ánimo guiaba;
Al real valor, aun no del todo muerto,
Del feroz rey, y su persona brava,
El preso moro se inclinó de suerte,
Que servirle ofreció hasta la muerte.

Era prudente el rey, y en los sucesos
Notó del moro una feliz ventura,
Y enderezar con ella sus aviesos

Más que furor le pareció cordura:
Quiso el rigor templar de sus escesos
Con arrimarse á senda mas segura,
Y mientras su fortuna no serena
Valerse en sus azares de la ajena.

Descubrióle su pecho, y él gozoso
En firme confianza se preliere
De dar la mano al rey, y un venturoso
Con cuanto intenta sale, y cuanto quiere,
Contentóse el de Tunez codicioso
Con su alfanje feliz sea cuyo fuere,
Dando á su dueño libertad, y en ella

Cumplidos los furores de su estrella.

Al rey despues en su prision esquivó
Con sutil artificio por su mano
Seguro le escaló la torre altiva,
Y libre le sacó del rey tirano:

Y en su escondida cueva entre la viva
Luz del tesoro le escondió ufano,
Cuya inmensa riqueza despues pudo
De armas y gente armar al rey desnudo.

Hizo su general el despojado
Al fiel Rustaquio, y él con su ventura
El reino recobró, y le dió el estado
Con mayor cetro y silla mas segura:
Que no se contentó de ver ganado
Lo que halló perdido, mas en dura
Sujecion puso yugo y quitó leyes
Del africano suelo á treinta reyes.

El suyo agradecido á sus servicios,
Ya con paterno amor y fe sincera,
En dulce premio le ofreció propicios
Los brazos de Aja su única heredera,
Pagando con los mismos beneficios
Que obligado le halló, y desta manera
De humildes padres le hizo el alto cielo
Gran miramamolín del libio suelo.

A Vanicio en sus trazas y su cuenta
Diverso fin le dió la incierta suerte,
Que entre la paz y la codicia hambrienta
Le dieron por robar la joya muerte:
Y sus bajillas, pajes, y su renta
Con él la tierra en polvo los convierte,
Tan incierta es como esto y tan oscura
En los humanos casos la ventura.

ALEGORIA.

En Angélica perseguida de Venus, y de Alcina, que significa el afecto sensual, se muestra que por irle fal-

tando con el tiempo la flor de la juventud, era fuerza que también en los ojos que la vian fuese faltando el deleite que antes causaba, ó porque el honor significado por Angélica es siempre perseguido y amancillado de la sensualidad: y así á los que los van siguiendo con pensamientos no tan limpios y castos como convenia, al mejor tiempo les falta el viento, y perdiendo la honra se quedan en calma.

El tizon hadado de Dulcia, apagado con agua por mandado de su ama, cuyo espíritu le profetiza su vida y muerte, son las tres cosas que concurren en la generación: es á saber, calor, humedad y espíritu, y su muerte significa lo poco que hay que fiar en la juventud, salud, y hermosura del cuerpo humano.

En la novela de Orlando se ve la trabazon y correspondencia que todas las criaturas tienen con su principio, y como todas son pregoneras de su providencia divina.

En el canto del ruiñeñor se muestra como de los bienes humanos el mas precioso es la libertad: y en los sucesos de Rustaquio Abdelmon, de que pequeños principios nacen las magestades del mundo, y cuan poco valen los discursos de la prudencia humana donde no favorece la divina.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO. Roba Garilo á Orlando y á sus compañeros, y que dándose ellos vueltos estatuas de oro en una sala encantada, el se va triste y solo á dar en una cabaña de un pastor: reconoce el alcaide de Sansueña á Roselio por su hijo, el cual refiriendo el discurso de su vida, cuenta la gran penitencia que el rey don Rodrigo hizo despues que perdió á España, con el origen del cabo de San Vicente, y la desgraciada tragedia de Broacel y Glaura.

Así siguiendo el ingenioso Orlando
Su opinion fue, y su cuento peregrino,
Concluyendo en lo uno y otro, cuando
El día en su luz, y el sol en su camino:
Y el astuto Garilo, que en el blando
Discurso á su jornada robó el tino,
De un intrincado bosque en la espesura
Se los dejó, y halló la noche oscura.

La catalana astucia, el bosque ciego,
La oscura noche, y el faltarles guía,
A otorgar les forzó el dañoso ruego
De la traidora cautelosa espía:
Y un caído alcázar, que del tiempo el fuego
Convirtiendo iba ya en ceniza fria,
En sus rotos desvanes sin abrigo,
El que no tiene ofrece á su enemigo.

Fuese la noche entre quietud y sueño,
Y sabrosos olvidos de cuidados,
Y al levantarse el día con risueño
Semblante, y ojos garzos y dorados,
El castillo hallaron sin su dueño,
Y los que en él estaban despojados
De arneses unos y otros de vestidos,
Y á un modo en mil maneras ofendidos.

Suben á lo alto de una antigua torre
Por descubrir lo que en el campo habia,
Cuande á la lonja que á la puerta corre
Guardarla un hombre armado parecia:
El conde altivo que su arnés recorre,
Y el brioso Brilladoro en quien venia,
Mas del desprecio que del robo hecho,
Fuego lanza la vista y rabia el pecho.

Cual espumoso rio, que deshecha
La presa que enfrenado le tenia,
Furioso rompe, y por la puerta estrecha
Lo mismo saca que antes le impedia,
Y no de sus riberas se aprovecha,
Antes furioso dellas se desvia,
Y de verse oprimir mas enojado
Lleva entre los pesebres el ganado;

Bien así la ira del francés caudillo,
Viéndose despreciado de un villano,

No una almena le tira, ni un ladrillo,
Mas furioso con una y otra mano
La alta torre trastorna del castillo,
Que á estremecer bajó su estruendo el llano,
Donde si Brilladoro no huyera,
Muerto de un golpe y enterrado fuera.

Medrosos unos, y otros admirados
Del ademán con que á vengar sus quejas
Muros envia, torres y tejados,
Los hombros encogieron y las cejas:
Y el torreón con sus mármoles labrados,
Aun las molduras todavía parejas,
Así se via entre árboles plantado,
Que nacer parecia do aquel prado.

Garilo que estar vivo cree apenas
Al pié temblando del francés trofeo,
Y que tras él se vienen las almenas,
Como tras de la música de Orfeo;
La sangre y brio se le heló en las venas,
Y arrepentido de su mal deseo
Hierro al caballo mete en los costados,
Que el miedo hace giuetes estremados.

Corrió una legua sin llamarle el freno,
Y aun allí alguna almena le hallaba,
Que como rayo á quien le falta el trueno
Tras él venia volando, y le alcanzaba:
Hasta que en un espeso bosque ameno,
Donde su oculta gente le esperaba,
Se entró, y quedó de Orlando el brazo duro
Arrojando tras él deshecho el muro.

De los demás franceses despojados
La burla mas ó menos celebrada,
Dellos furiosos, delles reportados,
De unos reida y de otros suspirada:
Por entre antiguos mármoles quebrados
De la arruinada torre desmochada
Que el conde abrió, y una encubierta escala
La luz les hizo señas de una sala.

Antecámara de otra parecia,
A cuya puerta estaban dos candados,
La arquitrabe y molduras de atauja,
Aunque ya de matices deslustrados:
Las puertas de marfil y pedrería,
Los pilares de pórfido labrados,
Y en el ténpano encima el frontispicio,
De la avaricia entretallado el vicio.

Puesto en las ondas del Estigio lago,
De sed el infeliz Tántalo ardiendo,
Muriendo por tomar dellas un trago,
Y por no le tomar también muriendo:
Que deste injusto vicio es justo pago
Vivir deseando lo que está temiendo,
Y tener las riquezas sin gozallas,
Para solo el tormento de guardallas.

Viendo puertas con tantas cerraduras,
No hubo francés que no alargase el paso,
Por si hallara detrás de sus pinturas
Los tesoros de Midas y de Craso,
O algunas armas, ropa y vestiduras
Para remedio del presente caso:
Llegan, y á dos vaivenes dan sin duelo
Con puertas y candados en el suelo.

Y todos en monton confuso entrando
Por la sala temblar se vió el castillo,
No iba con ellos el prudente Orlando,
Aunque bastó el rumor á divertillo,
Donde en el muro estaba fulminando
Con duras rocas al gascon caudillo,
Y la sala quedó cual de repente
Los techos borda el sol del rojo Oriente.

De blanco mármol con relieves de oro,
O era labrado, ó serlo parecia,
Y entre mosaicos lazos por decoro
Un Oriente de varia pedrería:
De acuñados escudos gran tesoro

Montones hecho por el suelo habia,
 Si en la hidrópica sed del oro hubiera
 Fin y tasa, esta sala se le diera.
 Alguno en su pajiza cama echado,
 A quien necesidad quitó la cena,
 Rico durmiendo, y pobre desvelado,
 Su choza vió de igual tesoro llena:
 Y de quien la noche antes fue olvidado
 Solo que sueña poco le da pena,
 Llenando grandes sacos de oro ardiente,
 Que en sombra volverá la luz siguiente.
 Bien así á la francesa gente avino
 El bello camarín de la riqueza,
 Donde apenas dió lumbré el metal fino,
 Cuando á todos rindió su fortaleza:
 Y llevados en ciego desatino
 De la hambrienta codicia sin pereza,
 Todos en dando un paso en el tesoro
 Vueltos quedaron en estatuas de oro.
 Llegó á la sala el conde en el instante
 Que ya perdian el ser los delanteros,
 Y él sin osar mover el pié adelante
 La codicia perdió de los dineros:
 Y á ellos en lo insensible semejante
 Sin sentido quedó, y sin compañeros,
 Tan absorto en la máquina que via,
 Que otra estatua como ellos parecia.
 No sabe si ellos ó él está encantado,
 Porque si ellos lo están, él lo parece,
 Maldice y culpa su contrario hado,
 Que tanto sus intentos aborrece:
 Mas el suceso bien considerado,
 «El pago, dice, tiene que merece
 Su locura, que gentes avarientas
 Hechas estatuas de oro están contentas.
 ¡Oh como el interés del oro estraga
 Al alma el gusto, al cuerpo los sentidos!
 Un hombre entero su ambicion se traga,
 Y en los respetos los mejor nacidos:
 Así su vino turba, así embriaga,
 Que cual Circe los deja convertidos
 En fieros brutos de ánimos atroces,
 O sorda estatua al cielo, y á sus voces.
 Entre la negra lama y turbia horrrura
 Del Aqueronte lago está en tormento
 Un espíritu triste en noche obscura,
 Seco de hambre, y de calor sediento:
 Con el agua á la boca, que procura
 Entrarse dentro dél, y él sin aliento
 Temiendo descrecer el río un trago,
 En pena eterna está en su eterno amago.
 No en vano por blason desta su ciega
 Dorada sepultura el mármol tierno
 Da retratado al que á su puerta llega
 Este antiguo vecino del infierno:
 ¡Oh avaro inútil, que en confusa bregá
 De ayuna hámbré, y de temor eterno,
 Pasas la vida, y gozas de sus bienes,
 Como los que te faltan los que tienes.
 La noche toda sin dormir velando
 Los sin fruto acuñaos sacos de oro,
 A quien tocar de miedo estás temblando,
 Porque no hable su metal sonoro:
 ¿Qué importa estar, ó idólatra mirando
 Que tus cofres de acero en su tesoro
 De Libia guarden las riquezas juntas,
 Y aren tus campos fértiles cien yuntas?
 ¿Qué importa que la cueva de Arimaspes
 El oro con que al mundo desafia
 En tu casa trastorne, y el Hidaspes
 Cuantas drogas por él la Misia envia?
 ¿De la fria Scitia los vetados jaspes,
 Ó el metal rojo que en su arena cria
 El Ebro, el Indo, el Ganges, el Pactolo,
 Y mas que todos cuatro el Tajo solo?

¿Qué importa que del rojo mar la espuna
 En perlas vuelta te la den sus playas,
 Y del rico Quinsay una gran suma
 Por ambos mares á tus puertas trayas?
 ¿Qué importa que en los ceros de tu pluma
 Se encierre el Tibar, y por tuyas hayas
 Cuantas masas derriten y dan llenas
 De espanto los respaldos de sus venas?
 ¿Si al fin temblando en medio tu tesoro
 Al rostro enfermo de la hambre ayuna
 Triste te rindes, y en cuitado lloro
 De imprudente condenas la fortuna,
 Que te dió á tiento tantas cargas de oro,
 Mas sin fruto cual blanco de la luna,
 Pues estar en tus cofres es lo mismo
 Que el no haberlas sacado del abismo?»
 Dijo, y mil trazas prueba, por si alguna
 Divertirlos podrá de aquel tormento,
 Mas no le acude á su intencion ninguna,
 Que el oro es poderoso encantamento:
 Y viendo tan trocada su fortuna,
 «¡Oh cielos, dice, que en mi daño siento
 No haber cosa en los hombres menos cierta,
 Que el día mas vecino á nuestra puerta!
 Dísteme la victoria de Girona,
 Y esta noble y burlada compañía,
 Con quien dejando el campo en Carcasona,
 Ayer solo á buscar placer venia:
 Hallo menospreciada mi persona,
 Robado, triste, á pié, solo, sin guia,
 Mi gente á riesgo en medio esos desiertos,
 Y al parecer mis compañeros muertos.
 Mas si es orden del brazo soberano,
 Que el mar enfrena, y las estrellas rige:
 El es el dueño, corra de su mano,
 A su cuenta está todo, ¿quién me allige?»
 Así decia el Senador romano,
 Y así de su imprudencia se corrige,
 Buscando modos para ver si puede
 Hacer que allí su compañía no quede.
 Mas si asir con un lazo procuraba
 La estatua que mas cerca parecia,
 Apenas el cordel dentro llegaba,
 Cuando una sierpe de oro se volvia:
 Y del pedazo que defuera estaba
 Su encanto la troncaba y dividia,
 Y en metiendo una vara por la puerta,
 La mitad de oro parecia enjerta.
 Así de Etna en los hornos encendidos,
 Donde su bronce el ciclope derrite,
 Los robles caen en brasas convertidos,
 Que con el oro su color compite:
 Y de los ramos de otro ser vestidos
 Hace que el tronco se desgaje y quite,
 Y que lo que antes era haya, ó pino,
 El lustre herede del metal mas fino.
 Cansado el conde de trazar al viento
 Cosas que todas le salian en vano,
 El castillo dejó, y su encantamento,
 Y á pié se entró por un florido llano:
 Por compañía solo su tormento,
 Cuando de lo alto de un collado enano
 Un humo descubrió y paredes viejas,
 Cabaña humilde de un pastor de ovejas.
 Habia llevado de su error la pena
 Tres dias sin comer desalentado,
 Perdido el tino por la selva amena,
 Y mas que en ella dentro en su cuidado:
 Sin gusto el alma de congojas llena,
 Cuando arribó confuso y destrozado,
 Ayuno, sin espíritu, ni aliento,
 Del rústico pastor al fresco asiento.
 Al rebaño llegó, que unos ribazos
 Subia en las verdes faldas de un barbecho,
 Y un merino carnero entre los brazos

A la estrecha cabaña fue derecho,
 Y á medio asar se le comió á pedazos,
 No del todo en su hambre satisfecho,
 Antes temió el pastor por lo que via,
 Que tras él los demás se comiera.
 Dióle al deseo de reposar el prado
 Florido lecho, un cespéd almohada,
 Y á un flojo cuerpo del calor cansado,
 Las flores son alfombra regalada:
 Y el sueño y el descanso deseado,
 Vianda sin mas salsas sazónada,
 Que aquel cansancio que en los miembros anda,
 Del suelo duro hace cama blanda.
 Al fresco silbo del templado viento,
 Que entre álamos y alisos bulle ufano,
 El sueño le borró del pensamiento
 La antigua pena con sabrosa mano...
 Cuando en Sansueña el noble alcaide atento
 A conocer el preso moro anciano:
 «Este es, con nuevo sobresalto dijo,
 El robador de mi perdido hijo.»
 Y como en triste llanto se disuelve
 Sin dar respuesta, en confusion metido,
 Con la medrosa vista le revuelve,
 Y del doncel le preguntó perdido:
 «¿A qué fin le hurtó? ¿cómo le vuelve?
 Y ¿adónde hasta ahora le ha tenido?
 A quien con miedo, sobresalto y lloro
 Así le respondié temblando el moro:
 «Mi muerte veo, señor, y no tu hijo,
 Yo le robé en un ciego bosque umbróso
 Acaso sin pensar, pero bien dijo
 Quien la ocasion llamó ladrón forzoso:
 No previne caverna ni escondrijo,
 Ni flacas postas en que huir medroso,
 La suerte me llevó por los cabellos,
 Sin procurar sus lances, ni entendellos.
 Saliendo tú en Miduerna á caza un día
 Con el rey Casto, y él con su sobrino,
 Con él tu hijo, y yo en su compañía,
 Una nublosa tempestad que vino
 La caza nos deshizo y la alegría,
 Y á los dos nos llevó fuera de tino,
 Por entre incultos montes y vallados,
 Dos dias sin ver por dónde derrotados.
 Hallé al tercero un hato de pastores,
 Y allí tomando lengua ví que estaba
 Diez leguas de Miduerna y de sus flores,
 Que pensando acercarme me alejaba:
 ¿Quién halló esclavo fiel á sus señores?
 ¿A quién la servidumbre no le agrava?
 ¿Quién no quiere ser libre? ¿quién procura
 Quitar de sí para otro la ventura?
 Pidióle á la ocasion luego el deseo
 Mi libertad á costa de la ajena,
 Y al fin por no hacer largo rodeo,
 Pues ya mi historia para nada es buena,
 Huyendo desde aquí empecé á ser reo,
 Y desde aquí mi culpa me condena,
 Si el apetito natural es culpa,
 O en mi delito puede haber disculpa.
 A Valencia de aquí me fui derecho,
 Y á tu hijo llevé en mi compañía,
 Que le hizo mas daño que provecho
 La desleal aficion que en él tenia:
 Y viendo el no pensado yerro hecho,
 Con quien igual satisfaccion no habia,
 Al rey Abdalla se le di por paje,
 Con la cuenta y razon de su linaje.
 El le crió en su córte y su palacio,
 Yo desde allí á vivir vine á Toledo,
 No sé de aqueste tiempo en el espacio
 Que sea del, solo esto decir puedo.»
 Y con triste semblante y rostro lacio
 Esperando la muerte estuvo quedo,

Sin mirar á Roselio de turbado,
 Ni conocerle por estar mudado.
 Pero su padre, á quien la sangre ardiente
 Ya la verdad del caso le decia,
 Llorando de placer en su alma siente
 Lo que decirle nadie no sabia:
 Y con gusto abrazando tiernamente
 Al que por muerto en su opinion tenia,
 Cuenta le pide ya con regocijo
 De sus desgracias, y el mancebo dijo:
 «Los trabajos, señor, en la memoria
 Tienen otro sabor que en los sentidos,
 Que la pena acabada es toda gloria,
 Y los pesares buenos para oídos:
 Y así los casos de mi nueva historia
 Volverán el deleite referidos
 Que otro tiempo quitaron, oye atento
 El extraño suceso de mi cuento.
 Desde que á las ventanas de la vida
 De la razon llegó la luz primera,
 Comenzando á aclarar con su venida
 De la niñez dormida la ceguera:
 Al primer escalon de mi subida
 Me conocí cautivo de manera,
 Que quiso la ventura que perdiese
 Antes la libertad que la tuviese.
 Bien que un tibio recuerdo me quedaba,
 No de mi patria, padres, ni parientes,
 Sino de un no se qué, que me avisaba
 Haber venido allí de estrañas gentes:
 Mas luego con el gusto se olvidaba,
 Solo atento á gozar de los presentes
 De la córte de Abdalla, en quien tenia
 Padre, patria, regalo, y compañía.
 Tiene Abdalla el gobierno de Valencia
 Con dominio tiránico usurpado,
 Aunque por poca sangre y descendencia
 Le quieren otros dar el principado,
 Y que sea el cordobés reino su herencia,
 Y el intruso tirano revelado
 Aliatán, que hoy le goza y pone leyes,
 Guerrearando en razon desto ambos los reyes.
 Son grandes las cautelas y los tratos
 Que Aliatán y los suyos han movido
 Contra Abdalla, y no menos los recatos
 Con que desto en Valencia se ha vivido:
 En cierto cuartel suyo por contratos
 De gabela y servicio mal pedido,
 Y otros tributos graves y tiranos,
 Vivian como en prision ciertos cristianos.
 Allí del segoviano San Vicente,
 A quien Daciano dió por mortal vida
 Corona eterna, en un lugar decente
 Tenian cuerpo y parroquia conocida;
 Donde acudia de la cristiana gente
 La mas noble, devota y corregida
 A un convento, debajo del auxilio,
 Reglas y vocacion del gran Basilio.
 Era Mauril prior deste convento,
 En sangre ilustre, y en costumbres santo,
 Cordobés en honrado nacimiento,
 Y en nobles pundonores otro tanto:
 De Aliatán primo, en cuyo fundamento
 El rey quiso intentar, con todo cuanto
 Calor le fue posible, un trato doble
 De gran riesgo, á no ser Mauril tan noble.
 Está el convento al valenciano muro
 En un fuerte lugar incorporado,
 Para cualquier traicion paso seguro,
 Si los de dentro venden el cuidado:
 Este intentó Aliatán comprar seguro
 Que Mauril por pariente ó por privado
 Gustaria de venderle, y desafortunado
 Daria á Valencia saco, y al rey muerte.
 Mas si eran mármol las demás almenas,

Aquellas halló el rey que eran diamante,
De mas lealtad que de argamasa llenas,
Y el monge cordobés en ser constante:
Esto en gran riesgo se trataba apenas
Con el secreto y término importante,
Y Hambroz corria la costa con su armada,
Por si se hallase á la traicion entrada.

Mas Berberuz, un moro su adversario,
Que de Valencia la opinion seguia,
Venció y quitó la vida á este corsario
Encima el puerto Caridemo un día:
Y ahora alguno del bando del contrario
Descubriese el intento que traia
Hambroz y la secreta inteligencia,
Con que pensaba echar gente en Valencia;

O que por otra via y otro modo
El peligroso trato se entendiese,
Su inocencia mostró el cristiano godo
Cuando no fue posible le valiese;
Que nunca en el descargo se cree todo,
Por mas que la verdad se ajuste y pese,
Porque es disculpa al fin, y la disculpa,
O mucha ó poca presupone culpa.

Quedó el rey con sospechas y recato
De Mauril, que no pudo descargarse,
De no haber descubierto á tiempo el trato,
Que en la misma traicion podia vengarse:
Fue creciendo tras esto cada rato
La fama, que Aliatán viene á juntarse
Con los cristianos, y otros que en Valencia
Por contrato le han dado la obediencia.

Y aunque nuevas de vano fundamento,
Pudieron con el suyo dar cuidado
Y ocasion á un tirano mandamiento
Contra el oprimido pueblo bautizado:
Que dentro de diez dias mude asiento
En la ley, ó en el reino, y que pasado
El término, se prenda por esclavo
Quien no llevare el bando real al cabo.

Fue grande el repentino sobresalto
Que en la rica ciudad causó este edito,
Porque irse era perderse, y quedar falto
En la ley de Dios, mayor delito:
Si alguno se iba, en popular asalto
En él daban los moros, y por rito
De su Alcorán y secta mal nacida
La hacienda le quitaban y la vida.

Como hambrientos sabuesos, que al que llega
Humilde á demandar limosna al rico,
Su importuno y confuso aullar le niega
De la mesa alcanzar un vil zatico:
Y si huyendo su enfadosa brega,
Y aquel rabioso arremangar de hocico,
Da la vuelta, arremeten denodados
A dar con rabia en el sayal bocados.

Así á los valencianos los moriscos
Con sus denuestos tratan y baldones,
Y ellos por quiebras huyen y por riscos
De su misma hacienda y posesiones;
Que cual hambrientos lobos, que en apriscos
Los corderos destrozan y vellones,
En hacienda y persona la ira aceda
Muestran en el que va, y en el que queda.

El santo abad Mauril, contra quien junta
Toda esta nube y tempestad llovía,
Viendo que á sola su persona apunta,
Y á su humilde y devota compañía;
Haciendo della una medrosa junta,
Propuso el riesgo en que su estado via,
El rigor del tirano, su inclemencia,
Y la morisca bárbara insolencia.

Y viendo urgente y sin reparo el daño
Que el cielo les envía por recuerdo
Del sueño de su culpa, y desengaño
Mundano, sale de comun acuerdo,

Que huir del propio para el reino extraño
Es en tal ocasion de ánimo cuerdo,
Y discreta ganancia echar perdida
La capa al toro por salvar la vida.

Y que cuando otro bien ni causa tenga
Esto mas que librar al gran Vicente
De un segundo Daciano, y que no venga
Su cuerpo á manos de la maura gente,
Que en hacer dél escarnio se entretenga,
Es sano acuerdo y causa suficiente
El ponerlo por obra, dando todos
Para este intento los mejores modos.

Al fin salen de acuerdo de embarcarse
Con la santa reliquia al día siguiente,
Y del nocturno luto aprovecharse
Con traza oculta y paso diligente:
Ya el sueño comenzaba á descolgarse
Con su quietud hácia la humana gente,
De las estrellas que de en medio el cielo
Rayos llovian de silencio al suelo.

Cuando los santos monges ocupados
En huir del reino y la ciudad tirana,
A dos barcos que estaban aprestados
Llevan su mueble y prenda soberana;
Yo el alma y los sentidos sepultados
En un pesado sueño y sombra vana,
Sobre la blanda pluma de mi lecho
Retrato estaba de la muerte hecho.

Allí en trágico, horrible y triste sueño
La confusa ciudad soñaba arderse,
Y todo el real alcázar con su dueño
Sin culpa mia sobre mí romperse:
Cuando á este punto vi en rostro risueño
Un santo bulto cabe mí ponerse,
Así hermoso, y de alegre luz vestido,
Que solo le pudiera ver dormido.

Como el que con los ojos de repente
Dió en las medallas del dorado techo,
Que con la húmeda luz resplandeciente
De la luna está una ascua de oro hecho:
Si antes le iba á tragar una serpiente,
Queda viéndose libre satisfecho,
Así yo me hallé, y así me avino
Llegando á mí aquel bulto peregrino.

Conoci luego el rostro soberano
De mi abogado mártir San Vicente,
Que muchas veces antes no con vano
Cuidado en su sepulcro ví presente:
Y asíéndome la mia con su mano,
«Huye, hijo, me dijo diligente,
La odiosa tierra, y servidumbre triste,
Si ya te desear ver donde naciste.»

Sobresaltóme el sueño, y temeroso
De angustia lleno, y de sudor despierto,
Y en mi sentido vuelto un doloroso
Suspiro me dejó el cabello yerto:
Salté del blando lecho receloso,
Y en el bulto encontré de un hombre muerto.
Que entre un gemido y otro en aquel punto
Alma rendía y aliento todo junto.

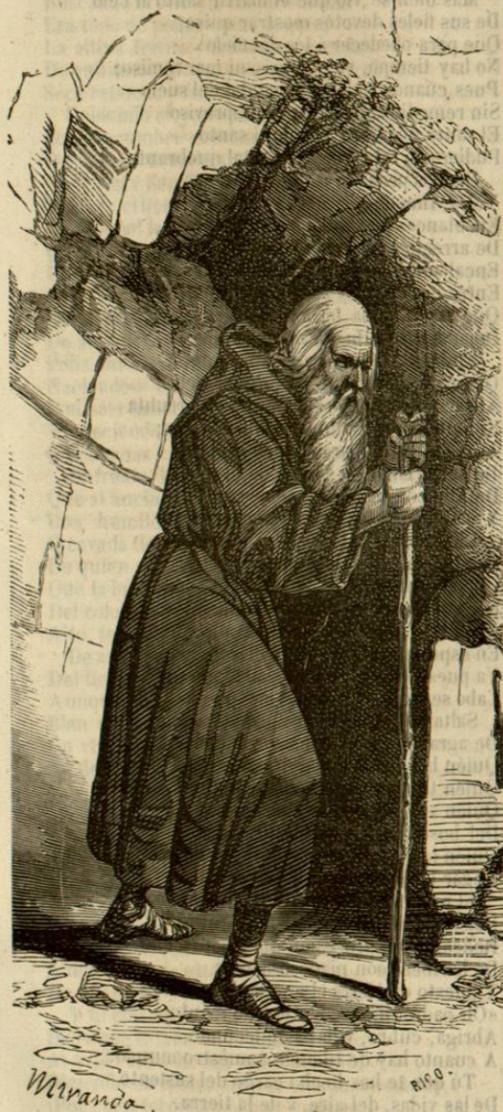
Llegué en turbado y temeroso paso
A conocer el bulto, y vi tendido
En un sangriento lago (¡extraño caso!)
Del rey Abdalla al príncipe querido:
El gallardo Algaicel al cielo raso,
De una estocada el corazón partido,
El alma me pasmó, el cabello yerto,
Por un rato á sus piés me quedé muerto.

Mas vuelto sobre mí con mas recato
El peligro miré en que estaba puesto,
Muerto á mis piés del príncipe un retrato,
Y del alcázar en quietud el resto:
Yo solo á ser del alevoso trato
Sin culpa alguna el agresor dispuesto,
¿Quién me salvará el riesgo de la vida?

Si doy el muerto, y no al que fue homicida?

Comencé á discurrir por cual camino
Entrar pudo ó salir el delincuente,
Cuando á tiento y sin ver donde camino
Del real jardin me hallé cabe una fuente;
Y entre la turbacion y el desatino
De un postigo la puerta vi patente,
Por donde vi que del suceso extraño
El sin piedad autor metió el engaño.

Y á mejor confirmar la incierta duda
A la vecina playa salí atento,
Buscando el rastro entre la sombra muda,
Cuando oí de cerca apresurado aliento:
Este es, dije, el traidor, y con desnuda



El Rey Rodrigo, Ermitaño.

Espada, y no advertido arrojamiento,
Al bulto me llegué, y en voz valiente,
«¿Quién sois? le pregunté, teneos, ¿qué gente?»
Hallé un coro de monges, que llevaba
Un ataúd al vecino mar cargado,

Y Mauril que rezando los guiaba
En tono grave, y paso moderado:
Yo viendo que de mí se recataba,
En mi primer sospecha confirmado,
Tan cargado me vi de desconcierto,
Que pensé que iban á enterrar mi muerto.

Conocióme el abad Maurilo, fuese
En la voz, ó lo que es de creer mas sano,
Mi venida en espíritu supiese,
Que á un amigo de Dios todo le es llano:
Y humilde, «oh mi Roselio, dijo, cese
El brio sin causa de tan noble mano,
Que el cielo, y no otro brazo de enemigo,
Es quien al reino ha dado este castigo.»

Fue causa el monge de mayor espanto
Con su vista y palabras no entendidas
Hasta que entre el sonoro humilde canto
«No es salvar todo, dijo, humanas vidas,
Que las reliquias deste mártir santo,
Aunque en esta urna estrecha recogidas,
A salvar nos obligan su tesoro,
Del cielo digno, y no de un pueblo moro.»

Así dijo, y á mi alma la memoria
Lo que antes entre sueños visto habia,
Y del sagrado mártir la notoria
Merced, que á cuenta de quien es me hacia,
Sacándome del riesgo con victoria,
Riesgo mortal que á dar en mí venia,
Su santo cuerpo adoro, y el cuidado
De mí le dí, y con él me hallé embarcado.

Cien cristianos sin niños ni mujeres
Dentro hallamos ya de dos navíos,
Que con su pobre mueble y sus haberes
Huían del reino infiel los desvaríos:
Y antes que con dorados rosicleres
El alba tiña sus plumajes frios,
De un fresco viento en vuelo arrebatados
El espumoso mar nos vió engolfados.

Mas apenas la luz del nuevo día
El Oriente sembró de rayos de oro,
Y la enemiga tierra que huía
La vista nos quitó del pueblo moro:
Cuando una oscura nube densa y fria,
De aire impelida con rumor sonoro,
En medio nos cogió, trayendo llenos
De ciega tempestad los turbios senos.

Tres dias fuimos sin luz confusamente,
O tres noches en una, si hubo en ella,
O pudo haber entre la humana gente,
Día sin sol, y noche sin estrella:
Y al cuarto, cuando el alba en el Oriente
Su nueva tez mostró rosada y bella,
De lejos vimos las alegres cumbres
Del puerto de Marbella, y sus alumbres.

Del crespó mar el áspero camino
Tan breve hecho en temporal tan vario,
Del cielo pareció favor divino,
A quien nunca sopló viento contrario:
Ambos leños á un tumbo cristalino,
Como asidos de engace voluntario,
A una surcan la mar sin riesgo, llena
De ocultas rocas, y mudable arena.

Y aunque era sin quietud ciega tormenta
De viento y agua en que íbamos metidos,
En otra iban mayor y de mas cuenta
Mi memoria turbada, y mis sentidos:
De mi vida los riesgos, la violenta
Desdicha de Algaicel, los no entendidos
Fines de mi viaje y dónde el viento
A dar iria á nuestro curso asiento.

Fue por entonces el suceso incierto
Del malogrado príncipe, ni ahora
Se sabe mas que haber sin culpa muerto,
Siendo su hermana de su muerte autora:
Y habiéndose la tierra descubierta,

Y un sol alegre tras la cuarta aurora,
Al encubierto abrigo de una sierra
A hacer llegamos agua, y tomar tierra.

Donde con gusto de recelos lleno,
Y alegría mezclada en temor vano,
Aquel día nos dejó el tiempo sereno
En el favor de un pescador cristiano,
Cuyas nudosas redes de aquel seno
Polilla solian ser, y en trato humano
Fiel albergue nos dió, y de su trabajo
Las pobres sobras que tenia nos trajo.

Era el intento, aunque en prolija vuelta,
Buscar la humilde costa de Galicia,
Donde en tierra desnuda de revuelta
Libres huir la alárabe codicia:
Gozando en vida de ambiciones suelta
Los dejos de la bárbara miticia,
Que sin los sobresaltos de la guerra
Nadie el bien sabe que la paz encierra.

Ayudados del viento y las corrientes
El día nos vió en la boca del Estrecho,
Donde de los peñascos eminentes
Del monte Avila y Calpe vimos hecho
El termino del mundo, y de las gentes,
Y aquel inmenso golfo sin provecho
A la frecuentacion del trato humano,
En que obscuro se estiende el Oceano.

Entramos viento en popa por la puerta
Con que el un mundo al otro comunica
De sus golfos las aguas, y cubierta
De blanca espuma da su arena rica:
Y del seguro puerto y playa abierta
De Algecira y Tarifa buye y pica
Nuestra medrosa flota, y mientras pase
Las ruinas de Carteya mide y tasa.

Los rotos muros que de jaspes pardos
Ya fueron, y hoy de tiempo son carcoma,
Donde hizo el imperio á los bastardos
Hijos de España una bastarda Roma:
Dejando á mano izquierda los gallardos
Jardines y arboledas de quien toma
Nombre Afrodísia, vimos al remate
Del día á Trafalgar sobre Barbate.

Y allí en la cumbre de una aguda sierra
Los destrozos y mármoles gastados
Del antiguo sepulcro, que hechos tierra
Guarda del Gerion miembros doblados:
Y al vecino Conil, que haciendo guerra
Con gente y atambor á los pescados,
Revuelve mas atunes en su gracia,
Que Proteo focas en el mar de Tracia.

Ya de la antigua Cádiz las almenas
A los rayos del sol daban ventanas,
Y á nuestros ojos de oro y lumbre llenas
Noticia de las playas comarcanas;
Cuando el viento empezó á calmar, que apenas
Sus costas vimos con la espuma canas,
Ni á Guadalete ya en tinieblas denso,
Ni á su puerto, á quien da cristal por censo.

Al día siguiente nos halló el lucero
Del gran templo mirando las ruinas,
Que ya hubo consagrado en lo postrero
Del Betis á sus luces cristalinas:
De aquí con infeliz y mal agüero
Llena de gentes vimos peregrinas
La Jabega, que en trato humilde y bajo,
Ni la fortuna estima, ni el trabajo.

Y un viento allí se levantó tan vivo,
Que á correr nos forzó hasta Ayamonte,
Donde de flores lleno el cuerno altivo
Guadiana pasa carcomiendo un monte:
A ver del hondo Océano el motivo
Con que á España da moros y horizonte,
Y el cristal de sus hondas traga y cierra
El paso al mundo, el término á la tierra.

Aquí ya un viento sur dejó revuelto
En remolinos de agua el mar hinchado,
Y un rebotado vendaval, mas suelto
Que el tiempo prometia y el cuidado.
Tormenta se volvió, y el cielo envuelto
En el vellon de un lóbrego nublado,
A romper comenzó de entre sus senos
Roncos bramidos de confusos truenos.

Fue creciendo la noche y la tormenta
Tanto del primer viento y del segundo,
Que parecia que la mar hambrienta
De aquella vez tragarse queria el mundo:
Rompe el árbol, la jarcia y racamenta,
La quilla y el timon en lo profundo
De un peñasco, y el barco todo abierto,
El mas vivo en la fe se dió por muerto.

Mas bien se vió que el mártir santo al celo
De sus fieles devotos mostrar quiso,
Que para obedecer á los del cielo
No hay tiempo, viento acá, ni mar remiso;
Pues cuando todo ya el caudal del suelo
Sin remedio se hallaba, de improviso
El santo nos libró, y solo el santo
Pudiera en tal tormenta, y tal quebranto.

Hechos pedazos árboles, cntenas,
Velas, timones, jarcias y navios,
En blancas playas de arboledas llenas,
De arrecifes cercadas y bajos,
Encallados sin riesgo en sus arenas,
Entre dos claros y agradables rios,
Que mas amena hacen su frescura,
Dejándonos se fue la noche obscura.

En medio la famosa corva punta,
Que para fin de Europa puso el cielo
Al sacro promontorio, en quien barrunta
El mundo que da fin, y punto el suelo;
Allí donde las mares hacen junta
De sus cristales y se mezcla el yelo
De Tile con los libios arenales,
Y al Poniente las conchas orientales.

Libres aquí del riesgo ya pasado,
Con notoria evidencia conocimos,
Que el santo este lugar nos había dado
Por suyo, y de su nombre le pusimos:
Y si antes se llamó Cabo sagrado,
En esperanzas de lo que á él trajimos,
Ya pues le goza, por la edad siguiente
Cabo se llamará de San Vicente.

Saltamos en la alegre playa, y luego
De agradables bullicios se vió llena,
Quién buscando agua, quien sacando fuego,
Quién trazando el almuerzo, quién la cena:
Quién sube el monte arriba, y con sosiego
Del bosque mira la espesura amena,
Quién la leña acarrea, y quién estaca
Lugar en lo mejor á su barraca.

El prudente Mauril del ya deshecho
Bajel mandó sacar el cuerpo santo,
Rodeando en procesion un largo trecho
De la ribera con piadoso llanto:
Y puesto en tierra el venerable pecho,
«Oh padre, dijo, cuyo eterno manto
Abriga, cubre, y da pasto fecundo
A cuanto hay de tu cielo á nuestro mundo:

Tú que te has hecho cargo del sustento
De las vidas, del aire, y de la tierra,
Y sin que siembren das mantenimiento
A cuantos peces este golfo encierra:
Tú Señor, cuyo oculto y santo intento
Al pié nos trajo de esta inculta sierra
Por fin del mundo, al fin que no sabemos,
Que aquí á mas no poder te obedecemos;

Tú mira por tu pueblo, pues es tuyo,
Admitiendo en sus culpas su descargo,
De nuevo á tu poder le restituíyo,

Todo es tuyo, Señor, quede á tu cargo:
Y vos gran mártir de Valencia, en cuyo
Amparo hicimos un rodeo tan largo,
Sednos propicio, y dadnos pueblo estable,
De aire benigno, y tierra saludable.»

Dijo, y habiendo todos repetido
En lo interior del alma el mismo ruego,
Y adorando el patron recién venido,
A su oficio volvió cada uno luego:
Cuando al santo Mauril ha parecido
Humo en un risco que es señal de fuego,
Y una cruz en la cumbre de una Peña,
Que de las señas es la mejor seña.

Y acompañando algunos sus pisadas
Hacia el farol nos fuimos de la vida,
Por entre breñas de ásperas quebradas
Buscando al cerro la mejor subida:
Era todo de peñas encrespadas,
La altiva frente y falda guarnecida
De enhiestos pinos, palmas y algarrobos,
Seca retama, y frágiles escobos.

Doblando al yerto monte la aspereza
Su alta cumbre escalamos con trabajo,
Por donde alzando al cielo la cabeza
La invicta España humilde ve debajo:
Y sobre el hombro de mayor grandeza
Otro peñol levanta y otro gajo,
Que de torres cercado, y gruesas puntas,
Un rico y bello alcázar forman juntas.

La cruz en una dellas era hecha
De un altísimo pino desmochado,
De su nativo asiento en la derecha
Peña sin mas primor incorporado;
Naciéndose ella cruz de su cosecha
Con solo haberla de hojas desnudado,
Y pareciendo abajo tan pequeña,
Que apenas forma una visible seña.

Enfrente della, y de un estrecho llano,
Que al ancho mar de mirador servia,
Una humilde caverna hecha á mano,
O cavada del tiempo parecia:
De quien vimos salir un hombre anciano,
Que la barba y cabello le cubria,
Del color de la nieve todo el pecho,
Aunque en su traza, compostura y modo,

De aspecto grave, venerable en todo,
Del tiempo y su aspereza consumido,
Aunque en su traza, compostura y modo,
Bien daba á conocer lo que había sido:
Un vivo resplandor del valor gozo,
No de otro mendigado ni fingido,
Que por sí mismo hizo desde luego
Respetásemos todos su sosiego.

Así el anciano Enoc, ó el santo Elias,
Tras tantos siglos en igual sugeto
Se mostrarán al mundo (si los días
Alcanzan por allá á hacer su efeto)
Y en robusta vejez por las sombrías
Frescas ramadas del jardin secreto,
A donde ahora están depositados,
De años irán y autoridad cargados.

Y él con semblante real, y pecho dino
De lo que estaba en él disimulado,
Al sabio abad Mauril humilde vino,
Diciendo en rostro alegre, «oh padre amado,
¡Por cuan torcido y áspero camino
El cielo á este destierro os ha arrojado,
Para consuelo á un ánimo afligido,
Y remedio del alma de un perdido!

Cien años hizo ayer que en esta tierra
Con esperanza entré deste buen día,
Regando con mis lágrimas la tierra
Ajena ahora, y otro tiempo mia;
Donde conmigo en ordinaria guerra,
Cansada lucha, y desigual porfia

Siempre he vivido, pero ya se llega
El fin dichoso de tan larga brega.

El santo mártir, que hoy con su tesoro
Viene á hacer rico el pobre albergue mio,
Que libre me sacó del campo moro
Para en este llorar mi desvario;
A quien pensé labrar altares de oro,
Y templos de alabastro y mármol pio,
Días ha que me dió desta venida
La esperanza por alma de mi vida.

Y ya que levantar en su memoria
(Como un tiempo pensé) muros no puedo,
Ni en duros bronceos entallar la historia
De su martirio en Córdoba y Toledo;
No le ha faltado á mi ánimo la gloria
De cumplir este voto, aunque con miedo,
Que hombre que á su Criador ofendió tanto
Pueda agradar con su ejercicio á un santo.

Con él tengo y mis lágrimas ya hecha
Una humilde capilla de mi mano,
Que aunque sea al huésped tal posada estrecha,
La trazó amor, obrero soberano:
Esta es que veis, y si esta no aprovecha
Será altar este monte. España el plano
Del templo, el sol la lámpara, y el cielo
La bóveda en que dé la fama el vuelo.»

Dijo, y con reverencia y con espanto
Atentos todos su discurso oimos,
Y desde luego en opinion de santo
En su vista y palabras le tuvimos:
Y él guiando á la ermita, por el canto
De una tajada Peña descendimos
Algunos pasos á un pequeño llano
Del cielo hecho por grandeza á mano.

De veinte piés en proporcion cuadrado
Dentro de un risco un patio se hacia,
De un bastante pretil acompañado
Por la parte de Oriente y Mediodía:
Y por todas las otras abrigado
De un peñasco que al cielo se subia,
Y hacia el frio Norte una caverna hecha,
Ancha en los senos, y en la boca estrecha.

Parece que el Autor del mundo quiso,
Cuando labró aquel risco de su mano,
Un mirador hacer del paraíso
En lo escondido de su breve llano:
Y en medio dél un templo de su aviso,
Cuyo altar y sagrario soberano
La estrecha cueva fuese, y su capilla
De los siglos la octava maravilla.

La parte superior, que á la inclemencia
Del riguroso tiempo está rendida,
La humana industria en sabia diligencia
De enjutas palmas la tenia vestida:
Y del grave ermitaño la prudencia
Así la estrecha cuadra repartida,
Que era humilde oratorio, y contra el viento
Albergue sano, y cómodo aposento.

La limpia gruta que de altar servia
Con tapices de palmas entoldada,
Que el sabio anciano con primor tejia
Para vestirse á sí, y á su morada:
Ya pudo usar mejor tapicería
Un tiempo, pero aquella fue prestada,
Y así al mejor se le acabó, mas esta
Eterna quedará en su templo puesta.

Del sangriento calvario el gran trofeo
De flores recamado por defuera,
Al sacro altar devoto camafeo
Y pia reverencia al lugar era;
Y á los presentes general deseo
De conocer la magestad severa
Del dueño, mas ninguno hay tan osado,
Que á decirle se atreva su cuidado.

Mas viendo del altísimo antepecho